



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 6

CT 112 MISIÓN DE LA IGLESIA

Arias, Mortimer. “La evangelización confrontadora: la irrupción del reino”. En *Anunciando el Reinado de Dios: evangelización integral desde la memoria de Jesús*, 87-107. San José: Varitec, 1998.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

LA EVANGELIZACIÓN CONFRONTADORA:

La irrupción del reino

*El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.
Mateo 11:12*

Ya para este momento no debería haber ninguna duda razonable de que la evangelización que realizaba Jesús era la proclamación tanto de la presencia como de la inminencia del reino de Dios. ¿Por qué es, entonces, que el lenguaje referente al reino ha desaparecido hoy de la evangelización y con frecuencia de la misma teología? Parte de la dificultad es un malentendido de la naturaleza del reino que Jesús vino a anunciar y a inaugurar. Este malentendido puede ser con frecuencia una cuestión de semántica. ¿Qué entendemos por "reino"? Nuestra generación tiene un problema con el concepto mismo de reino, en una época de democracias y de ideologías democráticas. Ya no tenemos reinos monárquicos al estilo antiguo, y los reyes y las reinas son simplemente convenciones nostálgicas en algunos estados modernos que tienen una larga historia, o bien son

símbolos superfluos para aplicarlos a la "reina" de un concurso de belleza o al "rey" de las hamburguesas.

En un nivel más profundo tenemos el serio cuestionamiento del lenguaje sexista y de las imágenes patriarcales, que durante milenios se han usado para legitimar la subordinación de las mujeres y de grupos de personas. Esperamos mostrar aquí que el concepto que tiene Jesús del reino es tan abarcante e inclusivo que pone en tela de duda y de juicio a toda imagen, mito, lenguaje, estructura o doctrina que sea exclusivista, y declara faltos todos nuestros dualismos, dicotomías y reduccionismos.

Más aún, la idea de "reino" se asocia de modo tan persistente en nuestra mente con el concepto de comarca, territorio o esfera estática de la realidad, que no podemos captar el carácter dinámico del reinado de Dios. Prácticamente todos los eruditos bíblicos y teólogos estarían de acuerdo en que el significado de "reino de Dios" o "reino de los cielos" es la realeza de Dios, su gobierno, su orden, su soberanía, su predominio, o simplemente la actividad o acción de Dios. Es por eso que muchos han elegido traducir el término hebreo *malkuth* y el griego *basileía* como el "reinado" de Dios, evitando así las connotaciones sexistas y patriarcales del "reino".¹

Pero incluso cuando usamos el término "reinado" de Dios, tendemos a aferrarnos a una percepción estática del reino como territorio. Así como pensamos en el reino mineral, vegetal y animal, o en el reino de la razón, de la moral o de lo espiritual, así también conceptuamos el reino de Dios como un orden estático en el cual entramos o al cual pertenecemos de modo especial. Esta idea

no es necesariamente incorrecta, pero pasa por alto los avasalladores rasgos dinámicos del reino tal como lo proclama Jesús.

Jesús anunció el reino de Dios que es dinámico, que irrumpe. Su evangelización era, entonces, confrontadora.

EL REINO COMO CONFRONTACIÓN

El reino de Dios *ha venido*; es experiencia o buena noticia, centrado en Jesús y en su ministerio. El reino de Dios *vendrá*; es esperanza, expectación anhelante, la promesa movilizadora que se proyecta hacia su consumación final. Al mismo tiempo, el reino *está viniendo*; en medio del conflicto, es el centro de una formidable lucha de proporciones cósmicas que exige una confrontación. Parecen desatarse todas las fuerzas: humanas, divinas, y demoníacas. El clima dramático se intensifica cuando tiene lugar en Galilea el viraje decisivo, y Jesús emprende la marcha hacia Jerusalén para la confrontación final.

La llegada del reino produce una crisis. Es como una semilla que se abre paso a la fuerza y hacia arriba, a través de la tierra, las piedras y los espinos de este mundo. Es como el vino nuevo que se fermenta dentro de los odres viejos, aumenta la presión interna, y forcejea hasta el punto de reventarlos. Es como un remiendo nuevo en un vestido viejo, que al encogerse produce un tirón y hace que la rotura quede peor que antes. Es como un incendio que se ha prendido sobre la tierra; ¿quién podrá detenerlo? Es como una espada que traza una línea divisoria y que corta las relaciones y lealtades más íntimas y sagradas, y que subyuga

todo valor o compromiso previo (ver Me. 4:3-9; 2:21-22; Le. 12:49; Mt. 10:34-36).⁴

El reino es el nuevo orden de Dios. A partir de su manifestación en Jesús, los órdenes humanos pertenecen ahora al viejo orden. Como los productos contemporáneos en una sociedad de consumo, se hallan bajo el hechizo de una obsolescencia planificada.

Precisamente porque el nuevo orden de Dios es una amenaza a todo orden establecido, la llegada del reino, al forzar su paso a través del viejo orden, produce una reacción más intensa. Atrae y repele al mismo tiempo.⁵

El reino de Dios "sufre violencia"; atrae sobre sí la reacción de las fuerzas malignas, así como el imán atrae las partículas de hierro que vienen a formar su propia corona. Este es el relato de Jesús y de su evangelio. Jesucristo, el reino personificado, atrajo sobre sí a todas las fuerzas del mal; ellas se abalanzaron furiosamente sobre él, lo apretujaron, y finalmente lo clavaron sobre la cruz.

Jesús estaba intensamente consciente de esto. Previo la lucha, se preparó para ella, y también trató de preparar a sus discípulos para esa confrontación final. Este es el "secreto mesiánico" que rodea el viaje de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén, la ciudad que era el centro y el símbolo de todas las potestades humanas y la pretendiente favorita a ser la sede del reino de Dios sobre la tierra (Mt. 5:35). Jesús estaba destinado a ser un signo de contradicción, una piedra de tropiezo, rechazada por la humanidad pero escogida por Dios (Mt. 21:42-44; 1 Pe. 2:7).

El reino es reversión y, en cuanto tal, es el subversor permanente de los órdenes humanos. El proclamador de este reino no podía esperar otro

tratamiento sino el reservado para los subversivos en la historia humana.

HACER VIOLENCIA O SUFRIRLA

Hay un extraño dicho de Jesús que nos ha llegado en dos versiones un tanto diferentes —la de Mateo y la de Lucas—, y que apunta hacia el carácter conflictivo del reino en este mundo.

Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia [biázetai], y los violentos [biastái] lo conquistan [harpázousin, "lo arrebatan", RVR; "gente violenta quiere arrebatarlo", NBE], (Mt. 11:12 BJ)

La ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la buena nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él [biázetai, igual en RVR; "a tgdos seles hace fuerza para que entren ", VPJ. (Le. 16:16 BJ)

A primera vista, en estas traducciones el reino de Dios está "sufriendo violencia" y está siendo tomado por la fuerza. Pero hay un factor que complica las cosas: el verbo *biázetai* aparece en los textos variantes en voz pasiva, con el significado de "ser tratado a la fuerza", y en voz media, con el significado de "ejerce su fuerza" o "se abre paso fuertemente". Los exégetas están divididos entre esas dos alternativas. ¿El reino hace violencia, o sufre violencia?⁷

Si se toma la voz media, el significado sería: "Desde los tiempos de Juan el Bautista el reino de

Dios se está abriendo paso por la fuerza, y provoca una reacción fuerte" (cf. VP: "los que usan la fuerza pretenden acabar con él").

¡En este caso, el reino está haciendo violencia y a la vez sufriendo violencia!

Sin meternos en la disputa exegética, podemos tomar un enfoque pragmático y darnos cuenta de que, en el testimonio total de los evangelios, ambos efectos de la presencia del reino corresponden con los hechos. El reino está irrumpiendo, abriéndose paso a la fuerza a través de personas, instituciones y sociedades, atrayendo y repeliendo, siendo conquistado por la fe, y siendo rechazado por la falta de fe. La presencia del reino en Jesucristo se va abriendo paso entre la gente, perdonando pecados, restaurando la vida, creando comunidad, pero al mismo tiempo exacerbando las fuerzas del antirreino que a la postre lo van a llevar a él a la cruz. La presencia del reino que irrumpe provoca una confrontación y exige una opción.

En realidad, Jesús invitó a sus seguidores a "esforzarse a entrar por la puerta angosta" (Le. 13:24) al reino de la vida: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mt. 7:13-14; ver también Le. 13:24).

Hay que elegir entre dos opciones. A nadie se le empuja automáticamente para que entre al reino.

En otro momento, Jesús dramatizó la naturaleza conflictiva y polarizante del reino en un mundo de pecado, cuando dijo: "Yo he venido a prender

fuego en el mundo; y ¡cómo quisiera que ya estuviera ardiendo! Tengo que pasar por una terrible prueba, y ¡cómo sufro hasta que se lleve a cabo! ¿Creen ustedes que he venido a traer paz a la tierra? Les digo que no, sino división" (Le. 12:49-51 VP).

El reino de Dios que Jesús vino a anunciar no sólo es el reino abierto de la gracia, el reino gozoso de la consumación final, sino que es también un reino que irrumpe, que traza líneas divisorias y que exige una opción.

La evangelización de Jesús era confrontadora.

HACIENDO FRENTE A LA OPOSICIÓN

Jesús enfrentó una creciente oposición a su ministerio. El Evangelio de Marcos ha concentrado los puntos del conflicto al principio mismo de ese ministerio. Jesús se enfrentó a las fuerzas anti-humanas que se manifestaban en aquellos que estaban "poseídos por espíritus malos", tal como se sugiere en los exorcismos que realizó (Me. 1:21-27). Luego vino el choque contra los maestros de la ley sobre la cuestión de la autoridad de Jesús para perdonar pecados (Me. 2:1-12). En ese punto brotó a la superficie lo que se convirtió en el veredicto oficial de las autoridades religiosas para justificar su condena de Jesús a la muerte: "¡Es un blasfemo!"

Cuando Jesús asistió a una cena con sus discípulos en casa de Leví, donde se habían reunido muchos "recaudadores de impuestos y gente pros-crita", los opositores de Jesús plantearon con furia la pregunta ante sus discípulos: "¿Cómo es que su maestro come con cobradores de impuestos y pe-

cadores?" (Me. 2:16). Estaban enojados, no a causa de alguna proposición dogmática, sino a causa del comportamiento de Jesús. Él oyó la pregunta y respondió de inmediato: "Yo no he venido a llamar a los buenos, sino a los pecadores" (Me. 2:17).

Otro punto que causó irritación era el hecho de que Jesús y sus discípulos no acataran las regulaciones referentes al ayuno (Me. 2:18-22). Una cuestión todavía más grave era lo que los críticos de Jesús consideraban una violación de las leyes sobre el sábado; cómo, simplemente porque tenían hambre, sus discípulos habían arrancado unas cuantas espigas mientras pasaban por un trigal.

Otro sábado, Jesús curó a un hombre con un brazo lisiado, y puso el conflicto en el centro del escenario en la sinagoga: "¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?" (Me. 3:4 BJ). Jesús mismo respondió, proclamando que el Hijo del hombre y las necesidades de la gente están por encima del sábado. La atmósfera estaba tan tensa que el evangelista dice que Jesús "miró con enojo a los que le rodeaban" (3:5 VP). "Pero en cuanto los fariseos salieron, comenzaron a hacer planes con los del partido de Herodes para matar a Jesús" (3:6 VP).

Esta conspiración para eliminar a Jesús y su proclamación del reino mediante las palabras y las obras cubren menos de dos capítulos del relato. La sombra de la cruz ya se proyectaba sobre el evangelista del reino. El reino que irrumpía ya estaba atrayéndose la furia de las fuerzas del antirreino.

Werner H. Kelber, quien ha estudiado con particular esmero y percepción el relato de Marcos sobre Jesús, resume así la situación en este punto del relato:

Es, desde luego, el mensaje de Jesús y su estilo de vida lo que genera ese antagonismo creciente entre las autoridades. A medida que su viaje continúa, resulta cada vez más obvio que el Reino que él anuncia y pone en práctica está diametralmente opuesto a la piedad convencional y a la moralidad que resguardan las autoridades. El perdón de los pecados, el interés primordial por los pecadores, la no observancia de los días de ayuno, y el rechazo de la ley del sábado se combinan para erigir una contraestructura frente al ordenamiento tradicional de la vida humana. El Reino de Dios entraña un nuevo estilo de vida, un nuevo sentido de las prioridades, una nueva comunidad. El vino nuevo es para odres nuevos (2:22). La naturaleza del Reino es tal que su Rey es inaceptable para las autoridades de Jerusalén. Una profunda lógica une el Reino de Dios con la muerte del Rey. Ese Jesús que rompe con sus opositores al acusarlos de "dureza de corazón" (3:5) está enterado de su propio fin personal. Antes de que sus opositores se involucren en la conspiración contra su vida (3:6), él ya ha anticipado su muerte violenta (2:20). Su viaje va a ser un viaje hasta la muerte.

Después de un breve viaje alrededor del lago y a través de él, Jesús fue rechazado en su propia ciudad, Nazaret —por su propia gente— y Juan el Bautista fue decapitado (Me. 6:1-29). Dado este clima emocional, cuando Jesús envía a sus discípulos a una excursión de predicación, les advierte: "Yo los envío a ustedes como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10:16 VP).

La evangelización en la perspectiva del reino es un emprendimiento peligroso.

LLAMADO AL ARREPENTIMIENTO

Como lo vemos en los evangelios, entonces, la venida del reino implica una permanente confrontación de mundos. El reino es un signo de interrogación en medio de las ideas establecidas y de las respuestas desarrolladas por los pueblos y sociedades. El reino es un desenmascaramiento de las motivaciones humanas y de las reglas más sagradas de las costumbres humanas. El reino es un perturbador iconoclasta de los lugares y costumbres sagrados de la religión; es la amenaza más radical para los altares de los templos, las castas sacerdotales, y el más resguardado "lugar santísimo". El reino es el desafiador designado de todos los mitos y sistemas sacralizantes, y el desenmascarador implacable de todos los disfraces humanos, las ideologías autojustificantes, o las potestades que se perpetúan a sí mismas.

El reino hace violencia a la condición humana de pecado, tanto en las personas como en las sociedades. La presencia del reino en la proclamación y la acción de Jesús llega como un desafío al arrepentimiento (*metánoia*).TM La presencia del reino implica juicio y transformación: "El tiempo se ha cumplido, el reino está aquí; \ *cambien* su conducta y crean en la buena noticia!" ¡Pónganse en línea con el reino!

Este arrepentimiento significa más que una mera actitud interna; significa un cambio de mentalidad, un cambio en las acciones y en las relacio-

nes, una reorientación total de la vida hacia el reino de Dios.

Como lo ha dicho con razón Jon Sobrino:

La actitud de Jesús con respecto al pecado es de importancia fundamental si queremos comprender la relación entre el Jesús histórico y el reino de Dios. Primero que todo, su predicación de la buena nueva tiene lugar en el contexto de un mundo pecador. Estructuralmente hablando, entonces, la buena nueva debe ser vista no simplemente como libertad sino como liberación... El superar el pecado se convierte en el criterio para verificar si uno ha aceptado o no la buena nueva...

Y el punto que vale la pena señalar es que el pecado no se ve sencillamente como un decirle no a Dios, sino como un decirle no al Reino de Dios... Pecado para Jesús es rechazar el reino de Dios que se acerca engraciad

El arrepentimiento se ve por su fruto (Mt. 7:16-19). Juan el Bautista tenía toda la razón en lo referente a esta dimensión desafiante del reino cuando exigió cortar el pecado por su raíz y producir frutos de arrepentimiento (Le. 3:8-14). También Jesús advirtió a los "hijos del reino" que este les podía ser quitado y ser dado a otros "que rindan sus frutos" (Mt. 21:43 BJ). El arrepentimiento llega a la raíz del corazón humano y se manifiesta mediante acciones y relaciones. Como les dijo Jesús a sus oponentes durante la controversia acerca de las purificaciones rituales:

Escúchenme todos, y entiendan: Nada de lo que entra de afuera puede hacer impuro al

hombre. Lo que sale del corazón del hombre es lo que lo hace impuro... Porque de adentro, es decir, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los asesinatos, los adulterios, la codicia, las maldades, el engaño, los vicios, la envidia, los chismes, el orgullo y la falta de juicio. Todas estas cosas malas salen de adentro y hacen impuro al hombre. (Me. 7:14-15, 21-23; Mt. 15:10-11, 19-20 VP).

Nuevamente Jon Sobrino tiene algunas reflexiones interesantes acerca de la forma profética en que Jesús entendía el pecado como algo radicalmente personal:

Siguiendo la tradición profética, Jesús destaca el carácter personal del pecado como algo que procede del corazón humano, si bien no debemos equiparar lo personal con un énfasis "individualista". Jesús no considera el pecado en términos legalistas como una transgresión de la ley. Interioriza la realidad del pecado, haciendo hincapié en que ya está dentro de las personas en su intención retorcida mucho antes de salir a la superficie en su conducta exterior.

El teólogo salvadoreño nos recuerda que tanto en el mensaje de Jesús como en su situación histórica, donde el reino se aproxima como gracia, "la esencia del pecado es una resistencia a esa venida"; consiste en "fiarse de las obras", una "disposición a ofrecerle a Dios lo que sea (servicios rituales, diezmos, prácticas ascéticas) excepto la propia seguridad de uno"; es el rechazo de Dios

como un futuro que no podemos controlar. En esta perspectiva, "el verdadero pecador queda tipificado por el fariseo y la persona con poder".

El arrepentimiento, entonces, significa confiarse totalmente a Dios.

UN LLAMADO A LA CONVERSIÓN

La irrupción del reino exige un cambio radical: volverse a Dios... ¡y al prójimo! *Epistréfein*, la palabra griega para conversión en los evangelios, significa literalmente "darse vuelta".¹³ Paúl Löffler ha señalado que, mientras que la palabra del Antiguo Testamento para la conversión, *shub*, significa "retornar a Dios, a la alianza", la palabra neotestamentaria *epistréfein* está orientada hacia el futuro: hacia el reino ya presente en Jesús y en su proclamación. En ambos casos, sin embargo, se trata de un apartarse *del* mal y un volverse *hacia* el Señor, *hacia* el reino, *hacia* la alianza, lo cual en última instancia significa volverse *hacia* el prójimo.¹⁴

Es instructivo fijarse en el llamado al arrepentimiento y a la conversión que hacía Jesús en su camino hacia Jerusalén. El reto era siempre responder a la presencia del reino en él mismo, en la situación particular del candidato al discipulado, y siempre en relación con los demás.

Consideremos, por ejemplo, al joven gobernante o rico que andaba en busca de la "vida eterna". Jesús le hizo recordar la antigua alianza, los mandamientos relacionados con Dios y con el prójimo. Cuando él respondió que había sido un buen hijo de la ley, obediente a esos mandamientos desde su juventud, Jesús lo desafió a que tomara la

opción radical: apartarse *de* sus posesiones y volverse *hacia* las riquezas en Dios, darles todo a los pobres y seguir a Jesús. El desafío consistía básicamente en tornarse hacia Dios y hacia el prójimo, particularmente hacia "los pobres". Este es el significado de "entrar en el reino" o de "seguir a Jesús". Pero el joven no estaba listo, y se fue triste "porque era muy rico". Sus riquezas eran más importantes para él que Dios, que el prójimo o que la vida eterna. La idolatría y la falta de solidaridad humana le obstaculizaban el camino al reino. También Jesús se entristeció, y dijo: "¡Qué difícil va a ser para los ricos entrar en el reino de Dios!" (Me. 10:23 VP; Mt. 19:23; Le. 18:24).

Una enseñanza semejante se halla en la respuesta de Jesús al estudiante de la ley que llegó con la misma pregunta acerca de "qué hacer para recibir la vida eterna". La vida eterna pasa por el vecino de al lado, dice Jesús. Entrar en la vida o en el reino es hacerse prójimo. (Le.10:25-37)

La historia de Zaqueo es una historia de conversión al reino. Jesús toma la iniciativa de acercarse a Zaqueo, que estaba encaramado en un árbol, y de invitarse a almorzar en casa del publicano. Pero Zaqueo había tomado la iniciativa anteriormente de buscar a Jesús, y la tomó también al final de la conversación en su casa, cuando hizo su compromiso tan específico: "Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de todo lo que tengo; y si le he robado algo a alguien, le devolveré cuatro veces más" (Le. 19:8 VP). Jesús no se puso a regatear con su anfitrión acerca del porcentaje que debía dar a los pobres. No le pidió a Zaqueo "vender todo lo que tenía y dárselo a los pobres" (Me.10:21), como le había propuesto al joven rico. Aceptó la respuesta de Zaqueo al desafío del reino

en términos de un fortalecimiento de sus relaciones con el prójimo y con la sociedad, en términos de relaciones económicas, y de expresar su responsabilidad y solidaridad con los pobres. Y a este cambio de relaciones económicas, con su implícito cambio de estilo de vida y prioridades, Jesús lo llamó "salvación" e integración en el pueblo de Dios: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque este hombre también es descendiente de Abraham. Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido" (Le. 19:10 VP). De modo que la conversión no es simplemente un cambio de sentimientos religiosos ni una transacción privada dentro de nuestras almas, sino que es un volverse hacia el reino en Jesucristo y hacia nuestro prójimo en servicio. Se trata de un movimiento histórico con manifestaciones personales y sociales muy definidas. Una vez más, no podemos separar lo personal de lo social. Concordamos con Jim Wallis cuando dice:

La meta de la conversión bíblica no es salvar almas aparte de la historia, sino traer el reino de Dios al mundo con una fuerza explosiva; comienza con los individuos pero es en aras del mundo.

La conversión en el Nuevo Testamento sólo puede ser entendida desde la perspectiva del Reino de Dios... El poderoso y s ubyugante llamado a la conversión en los Evangelios surgió directamente del hecho de un nuevo orden que estaba irrumpiendo. Convertir[^] a Cristo significaba prestar lealtad al reino.

CONFRONTANDO A LAS POTESTADES

Como los profetas, Jesús denunció el pecado colectivo, institucional y estructural. Por ejemplo, si nos fijamos en las listas de anatemas contra los "escribas" y "fariseos" en el Evangelio de Mateo (cf. cap. 23), veremos que la crítica de Jesús no se dirigía tanto a los individuos cuanto a los sistemas legales e ideológicos que representaban, y al efecto que tenían sobre la gente, especialmente sobre los pobres y los oprimidos.

Atan cargas tan pesadas que es imposible soportarlas... Cierran la puerta del reino de Dios para que otros no entren... Recorren tierra y mar para ganar un adepto... Separan para Dios la décima parte de la menta, del anís y del comino, pero no hacen caso de... la justicia, la misericordia y la fidelidad... Limpian por fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de lo que han conseguido por medio del robo y la avaricia. (Mt. 23:4-25 VP, passim).

En las relaciones personales Jesús podía ser muy comprensivo y muy tierno, como lo fue con el joven rico a quien amó (Me. 10:21) o con el buen escriba que "no estaba lejos del reino" (Me. 12:34). Pero Jesús podía ser inflexible en su denuncia de un sistema como el de los escribas, un sistema de mojigatería religiosa y de idolatría que formaba parte de un sistema social de explotación y opresión.

Lo mismo se puede decir acerca de los expertos en la ley, que imponían cargas injustas sobre la gente y que usurpaban las llaves del conocimiento

para beneficio propio; los ricos que rehusaban compartir con los pobres; los sacerdotes que formaban parte de un sistema de explotación de la gente y que distorsionaban el propósito de Dios respecto al templo; o de los gobernantes que gobernaban arbitrariamente (Mt. 20:25-28; 21:13; 23:1-36 y paralelos). Y aún así Jesús podía tratar de un modo muy personal con las personas que representaban a esas potestades.

La confrontación de Jesús con las potestades llegaba al corazón mismo del sistema judío: el Templo y el sacerdocio. Su acción dramática y parabólica de entrar al Templo en Jerusalén, volcar las mesas y bancos, soltar a los animales, tirar las monedas de los cambistas, y expulsar a los mercaderes, está atestiguada en todos los cuatro evangelios. A lo largo de los siglos éste ha sido un incidente desconcertante para intérpretes y seguidores de Jesús. Algunos han enfatizado el significado simbólico y religioso de esta manifestación pública. Otros han señalado las implicaciones sociales, económicas y políticas en el contexto judío, en el cual el sacerdocio formaba una parte muy importante del sistema bajo el Imperio Romano. Finalmente, aún otros lo han interpretado como una de varias rebeliones contra los gobernantes, como la encabezada por Barrabás y otros grupos zelotes.¹⁷ En cualquier caso, no hay duda de que se trató de una confrontación extraordinariamente abierta y dramática, especialmente considerando que venía de Jesús, quien había enfatizado el asumir el sufrimiento en vez de infligirlo mediante la violencia. También parece obvio que el significado religioso del acto iba íntimamente ligado con la denuncia de un sistema explotador del Templo y sus efectos sobre el pueblo: "Mi casa será declara-

da casa de oración para todas las naciones, pero ustedes han hecho de ella una cueva de ladrones" (Me. 11:17; ver también Mt. 21:13; Le. 19:46; Jn. 2:16). El hecho de que Jesús tocó la médula misma del sistema¹⁸ resulta evidente por la reacción inmediata: "Comenzaron a buscar la manera de matar a Jesús, porque le tenían miedo, pues toda la gente estaba admirada de su enseñanza" (Me. 11:18, VP). Sobrino resume el punto: "El pecado, por tanto, tiene para Jesús dos dimensiones. La dimensión personal era la negación a aceptar el futuro del Reino de Dios que se estaba acercando en la gracia. La dimensión social era una negación a anticipar esa realidad futura en nuestra vida del aquí y el ahora."¹⁹

EL DESAFÍO AL DISCIPULADO

Es en el contexto de la irrupción del reino, de la creciente oposición que él provoca, y de la confrontación con las potestades que realiza Jesús, que comprendemos mejor su llamado a un discipulado radical. Se trata de un llamado durante el camino a Jerusalén y a la confrontación final.

Jesús pide un compromiso total, una renuncia total, una subordinación total de todos los demás valores y lealtades —incluyendo a la familia, las posesiones y la vida— a las exigencias del reino que irrumpe (Le. 14:25-26, 33; cf. Me. 3:31-35). Jesús desafió a los presuntos discípulos, durante su camino, a romper con las lealtades menores y con las tradiciones del pasado ("dejar a los muertos", "no mirar atrás") y a abrirse en completa disponibilidad y entrega (Le. 9:57-62). El llamado de Jesús

llega a ser lo que Leonardo Boff describe como "la intimidante invitación de la gracia".²⁰

Comenzando con la confesión de Pedro en Cesárea de Filipo, el desafío de Jesús a sus propios discípulos consiste en que tomen la cruz y asuman el sufrimiento, la pasión y la muerte, en camino hacia el reino.

Fue en Galilea donde Jesús llamó por primera vez a los discípulos a que estuvieran con él y a que tomaran parte en las labores del reino. Ahora su desafío, ya en camino, es a que tomen parte en su cruz. Este desafío debe de haber llegado como un momento culminante tanto para Jesús como para sus discípulos. De camino les preguntó:

"¿Quién dice la gente que soy yo?" Ellos contestaron: "Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros dicen que eres Elias, y otros dicen que eres uno de los profetas." "Y ustedes, ¿quién dicen que soy?"—les preguntó. Pedro le respondió: "Tú eres el Mesías." Pero Jesús les ordenó que no hablaran de él anadie. (Mc. 8:27-30 VP)

Jesús no rechazó el título ni la confesión. En la versión de Mateo, hasta le dio a Pedro una palmadita en el hombro al decir: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!" (Mt. 16:17 VP). Pero Jesús mismo nunca usó el término "Mesías" para describir su misión. Más bien usaba en forma exclusiva la expresión "Hijo del hombre", y no sólo con las connotaciones del Hijo del hombre como personaje celestial, sino también con las connotaciones del Siervo Sufriente de Isaías 53, en una forma que nunca se había usado antes.²¹ Comenzó a enseñarles así a sus discípulos "que el Hijo del hombre

tendría que sufrir mucho, y que sería rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley. Les dijo que lo iban a matar, pero que resucitaría a los tres días” (Me. 8:31 VP).

La reacción de Pedro puso de manifiesto que los discípulos de Jesús no habían relacionado en absoluto al Mesías con el sufrimiento, el rechazo ni la muerte. Jesús reaccionó como lo había hecho antes con el Tentador en persona: “¡Apártate de mí, Satanás!”, dijo; “Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres” (Me. 8:33 VP). La reacción de Pedro se convirtió en una confrontación directa con el propio Jesús.

La predicción de Jesús era precisamente su descubrimiento y su revelación: en un mundo de pecado, el reinado de Dios pasa a través del rechazo, el sufrimiento y la muerte. En otras dos ocasiones, yendo “de camino”, Jesús trató de enseñarles a sus discípulos sobre la inevitabilidad del sufrimiento y de la muerte, y la necesidad de ser discípulo suyo, de tomar la cruz y de seguirlo en su pasión (Me. 8:27; 9:30; 10:32). Los discípulos no podían comprender eso, y siguieron pensando en el reino en función de poder y privilegio, en vez de servicio y sufrimiento (Me. 9:33-35; 10:35-45). Tres veces, en tres lugares diferentes, dirigiéndose siempre a sus discípulos, Jesús trató de conducirlos hacia el misterio final del reino por medio de su muerte y resurrección, y hacia el significado del discipulado en el reino.

De camino al discipulado, la conversión no es simplemente un punto sino un proceso permanente. Y, cosa extraña, es la conversión de los creyentes, no de los no creyentes, lo que se plantea como punto focal. ¡La evangelización también tiene lu-

gar dentro de la comunidad del reino! Pedro es un buen ejemplo de conversión permanente. Necesitaba convertirse a la comprensión y aceptación de la cruz. No hay reino sin cruz.

En resumen, pues, la evangelización del reino que hacía Jesús, en su dimensión presente como la acción de irrupción de Dios por medio de las vidas y sociedades humanas, toma la forma de una denuncia profética del pecado personal y público; de confrontación con las potestades e instituciones; de desenmascaramiento de ideologías y tradiciones; de desafío contra la incredulidad, el prejuicio y la hostilidad; y de desafío también a una religión triunfalista. Por último, asume la forma de arrepentimiento, conversión, y discipulado radical.

Esta era la evangelización confrontadora que hacía Jesús. Exige un veredicto. Demanda una opción. "Arrepiéntanse... y crean... el reino ya vie-